



# MI PASO POR

## Sidney Slater

**Sidney Slater era un honrado corredor de comercio que se convirtió en gangster de la banda de Joey Gallo, "el Loco". Bajo sus órdenes explotaba numerosos negocios ilegales, hasta que tuvo un tropiezo con la policía y se convenció que lo más sensato era "colaborar"**

**E**L «Luna» era el restaurante favorito de la Mafia. Todas las noches se podían ver allí media docena de gangsters, comiendo y bebiendo, pero nunca había alborotos. Aquella noche estaba Tony Bender; fue la última vez que le vi y casi la última que le vio alguien. Circuló el rumor de que había alcanzado a un hombre por error días más tarde y, por ello, el Consejo de la Mafia celebró una reunión en la que acordó que no podían permitirse esos errores. Dieron un «contrato» y Tony desapareció en la prensa hidráulica.

¿Sabe usted lo que es una prensa hidráulica? Suponga que tiene un negocio de chatarra y compra un lote de coches viejos, que se colocan en la prensa hidráulica: las mandíbulas se cierran y noventa segundos más tarde el coche viejo ha quedado reducido a un paquete de hierro de poco más de un metro de largo. Se da un golpe en la cabeza a un hombre, se le mete en el compartimento de equipajes antes de introducirlo en la prensa y una vez que se cierran las cuatro mandíbulas, el coche y lo que queda del pobre hombre será embarcado rumbo a Pittsburg para ser arrojado a un horno.

En «Luna» se encontraba uno a todo el mundo, pues era considerada tierra de nadie. El cuartel general de la policía está próximo, a sólo tres manzanas. No es lugar para armar un alboroto. Por eso es probable encontrar en él a cualquiera, incluidos algunos de los muchachos de Profaci, otros de los nuestros y unos pocos delincuentes forasteros que han venido a Nueva York para dar algún golpe rápido o atracar un

banco. Y es seguro que allí está Frankie (the Bug) Caruso, un tipo importante, al que llaman el rabí de Joey Gallo.

Joey Gallo era demasiado odiado por Profaci para que pudiera pertenecer a la jerarquía de la Mafia. Los miembros del Consejo que regían la organización —todos los cuales tenían que ser italianos—, eran llamados con el título de «don». A sus órdenes estaban los capitanes, y más abajo se encontraban los «hombres-bastón». Cada uno de estos tenía un grupo de ayudantes en la vecindad y si un «don» daba una orden a un «capitán» para que determinada persona fuera eliminada, éste designaba un «hombre-bastón» para que hiciera el trabajo. Joey Gallo estaba representado en las reuniones del Consejo por Frankie the Bug (el Microbio).

Si alguien presentaba una queja contra Joey, era sometida al Consejo, donde Frankie le defendía y exponía su punto de vista sobre la cuestión. Los italianos o sicilianos de primera generación no empleaban la palabra rabí, sino que utilizaban «goombah», un término vulgar equivalente a «compari», que significa patrón o padrino. Para poder operar había que tener un «rabí» o «goombah» en el Consejo. La mayoría de sus miembros odiaban a Joey, al ser demasiado irresponsable, y todos opinaban que sus métodos para buscar publicidad perjudicaban a la organización, pero le toleraron durante algún tiempo.

La noche a que me refiero estaban allí casi todos ellos, además de Joey Gallo y algunos de sus muchachos: Sonny Cameron, Tony Leone y Joe Jelly. Al llegar Mike Albergio vio cómo estaban las cosas y casi se muere del

susto. Sabía que todos los que se sentaban a la mesa de Joey iban armados, por lo que saludó cortésmente:

—¿Cómo está usted, Mr. Gallo?

Joey comprendió que el trato estaba hecho.

Lo único que Mike no podía comprender era por qué Joey tenía tanto interés en vender a Teddy Moss licor de contrabando por 20.000 dólares. A ese precio cualquiera lo hubiera comprado.

—Eso no tiene importancia —repuso Joey con

**SIGUE**

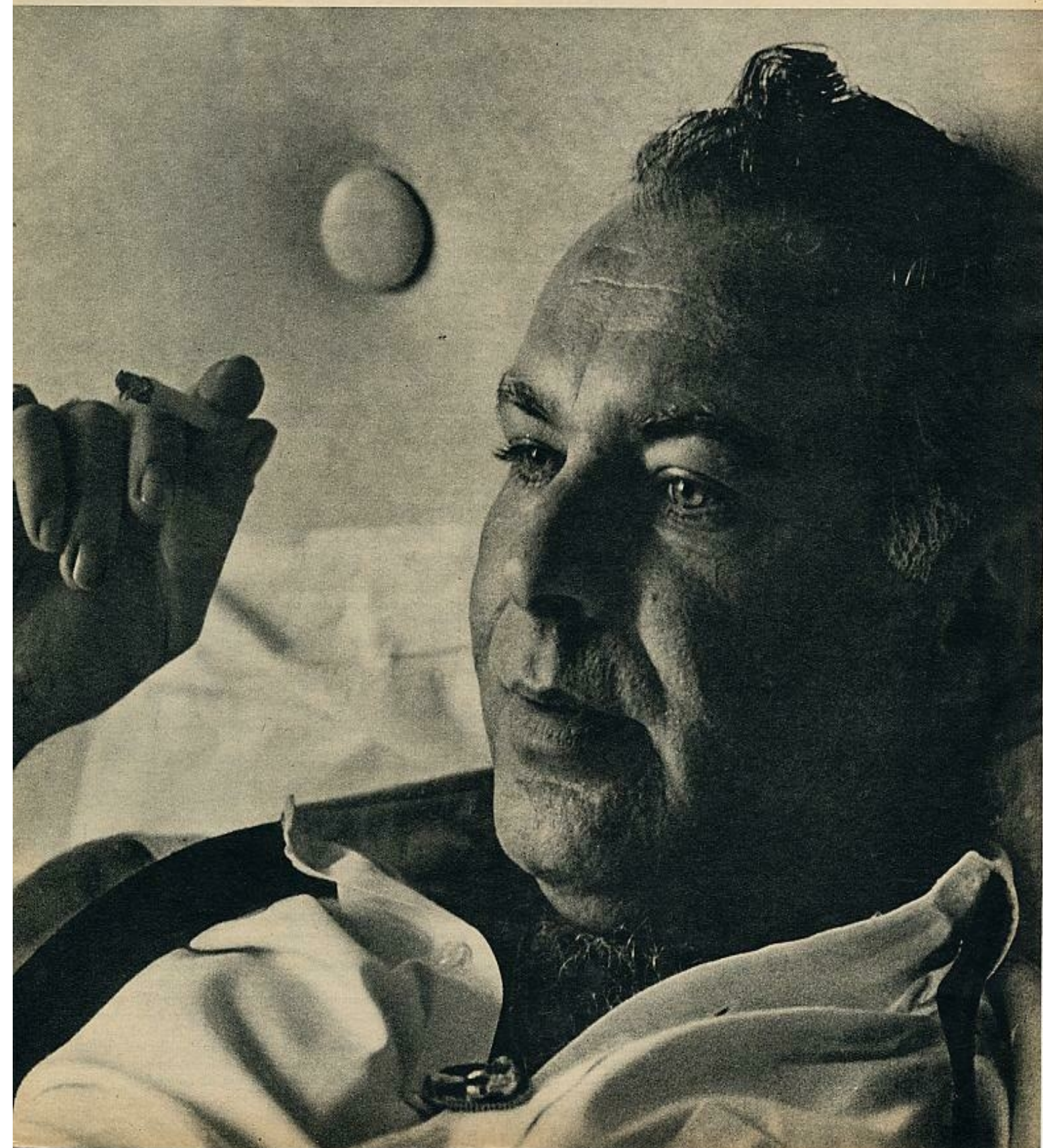
**UNO TRAS OTRO, TODOS  
LOS GANGSTERS  
IBAN DESAPARECIENDO  
IMPLACABLEMENTE,  
ASESINANDOSE ENTRE SI  
O CON LARGAS CONDENAS.**

**SIDNEY SLATER NO  
QUISO SUFRIR NINGUNA  
DE LAS DOS  
SUERTES QUE LE  
ESTABAN RESERVADAS**



II - MI VIDA EN LA MAFIA DE NUEVA YORK

# LAS "TUMBAS"



## JOE JELLY NO REGRESO DE SU EXCURSION: REPOSA EN EL FONDO DE LA BAHIA SHEEPSHEAD

sarcasmo—. Era un modo de acercarnos a él para introducirnos en su negocio. Voy a hacerme cargo de todo, con o sin tu ayuda. Si quieres colaborar, puedes quedarte con «El Zipizape», como propietario, no simplemente haciendo de pantalla, como te ocurre con Moss. Pero si no colaboras, te encargaremos un pijama de pino... esta misma noche.

Joey Gallo había oído decir eso mismo a Richard Widmark en alguna película.

—Está bien —dijo Mike, por cuyo rostro comenzaba a correr el sudor—. ¿Qué tengo que hacer?

—Telefona a Teddy Moss y dile que se presente en el club de juego de Park Place, mañana a mediodía —le indicó Joey—. Y que lleve sus libros.

Al día siguiente nos encontramos en el lugar de la cita. Advertí que Joey llevaba su vestido «Richard Widmark» (camisa negra y corbata blanca) y que estaba completamente sobrio. Me imaginé que iba a ser un día duro para Teddy Moss. Cuando por fin apareció, no llevaba los libros. Joey lo llevó de un lado para otro a golpes y le dijo que iba a hacerse cargo de su negocio de préstamos. Le dio unos golpes más y le ordenó que se presentara a la noche siguiente, en el «Luna», a las ocho, con los libros.

Teddy Moss, con el rostro hinchado por los golpes —aunque le había pegado con la mano abierta— y con los ojos inyectados en sangre, no pudo hacer otra cosa que asentir. Podrá parecer una mala película policiaca, pero así ocurrió. Joey Gallo estaba interpretando su papel verdaderamente. Si hubiera tenido una silla de ruedas a mano, habría arrojado a Teddy Moss con ella por las escaleras.

Joey me dijo que me necesitaría al día siguiente en el «Luna». Nun-

ca olvidaré la fecha: 11 de mayo de 1961. Marchaba en mi coche hacia «Pierre's», en Brooklyn, cuando a mitad de camino, en medio del puente de Manhattan, oí una sirena a mi espalda. Un coche de la policía se puso a mi lado, obligándome a detenerme. Dos policías con pistolas se me acercaron.

—Le reclaman para un interrogatorio en la oficina del Fiscal del Distrito —me dijo uno de ellos.

Y me escoltaron por una entrada lateral del Juzgado de Instrucción, donde se encuentra el despacho del Fiscal, en el 15 de Leonard Street.

Allí averigüé lo que había ocurrido en el «Luna». Joey estaba sentado en una mesa con Ali Waffa, Mike Albergio y un par de pistoleros más cuando llegó Teddy Moss, que se presentó sumiso y cortés. Pidió a Joey que le repitiera una vez más su proposición.

—Voy a entrar como socio en tu negocio; esa es la propuesta —afirmó Joey con voz cortante—. Pero te daré el cincuenta por ciento de los beneficios, aunque si mi mitad no es satisfactoria tú compensarás el resto.

Había varios hombres en la mesa de al lado, escuchando todo lo que Joey decía. Eran detectives de la oficina del Fiscal, y cuando oyeron lo suficiente se hicieron cargo de Gallo y sus compañeros, mientras más policías interrogaban a los sospechosos en la calle Mulberry. Antes de terminar habían detenido a cincuenta y ocho personas, «para someterlos a interrogatorio».

No me sentí demasiado inquieto, al no haber estado en el «Luna». ¿Qué tendrían contra mí? Pronto lo descubriré. Resultó que una vez que Tony Leone, Al Schaeffer y yo hicimos nuestra primera visita a Teddy Moss, éste había llamado a la oficina del Fiscal. Nos habían seguido los pasos desde entonces y tenían abundante información sobre nosotros... con pruebas suficientes para acusarnos de coacción. Nos podían condenar hasta catorce años de cárcel.

Sentado en un despacho, fui interrogado por el Ayudante del Fiscal del Distrito, Paul Kelly, cuando oí una voz familiar que me decía:

—Tú no debías estar aquí, Sidney.

Levanté la cabeza. Era Paul Vitrano, que había conocido en Brooklyn, cuando era teniente y trabajaba en la Sección 63. Me había detenido una noche, años atrás, para preguntarme si mi coche había sido robado o lo había prestado a alguien la noche anterior. Dije que no a las dos cosas. Entonces dirigía el club nocturno «Arpeggio» y siempre dejaba el coche aparcado fuera del lugar. Podía presentar el testimonio de varios clientes legales que lo habían visto allí. Un chico de

diecisiete años había sido muerto de varios disparos de revólver hechos desde un coche igual al mío. Ya entonces el teniente Vitrano sabía que yo trabajaba para Joey Gallo y también sabía que éste tenía sus razones para suprimir al muchacho. Por eso concentró sus esfuerzos en descubrir qué clase de coche teníamos cada uno. El mío era el único que respondía a la descripción.

Vitrano sabía que yo no era un criminal, pero muy bien podía haber prestado el coche a alguien que hubiera hecho el trabajo, o robarlo simplemente. Esta vez estaba libre de culpas y no me costó trabajo demostrarlo. El se encargó de probarlo más tarde... y se lo agradecí. Ahora estaba frente a mí, como capitán Vitrano, adscrito a la sección dedicada a la represión de los negocios ilegales de la oficina del Fiscal.

Movió la cabeza y me dijo:

—He comprobado tus antecedentes, Sidney. Tienes tres hermanos y dos hermanas honorables que no quieren saber nada de ti. Has perdido una buena esposa y una hija encantadora. ¿Qué sacas de esta vida con Joey Gallo y sus compinches? ¡Nada!

—Ya sabe lo que sucede, capitán.

—Dímelo. ¿Qué pasa?

—Una vez que se entra en vareda, no se puede abandonar. Sigo pensando que algún día lograré un gran golpe y entonces podré poner los pies en polvorosa, marchándome a otro sitio y empezar de nuevo.

—Nadie ha ganado mucho dinero trabajando para Gallo —dijo Vitrano con voz suave—. Además, Gallo ha terminado. Lo tenemos cogido por su intento de coacción, aunque nos hubiera gustado más poder acusarle por asesinato en primer grado. Si quieres hablar, Sidney, podría facilitarte las cosas. Tienes un buen historial de guerra y sabemos que nunca has sido uno de los pistoleros de Gallo, pero te enfrentas con la misma acusación que él y piden cien mil dólares de fianza por cada uno.

—¡Cielos, capitán! Yo no hice más que entregar un mensaje a Teddy Moss.

—Lo sé, Sidney —contestó tranquilamente—, pero técnicamente tú actuabas como cómplice de Gallo y eres tan culpable como él. Piénsalo bien y si alguna vez necesitas ayuda envíame un mensaje.

Se marchó y me llevaron ante el Tribunal de lo Criminal, donde fui acusado de intento de coacción, exigiéndose por mi libertad una fianza de cien mil dólares. Me enviaron a las «Tumbas». Nunca había estado en la cárcel y fue una experiencia horrible. Apenas entra uno en ese inmenso edificio gris le dan un número. A partir de ese momento le tratan de modo tan impersonal como si



La obsesión de Sidney Slater fue salir del

fuera un número sin rostro ni sangre. Tuve que vaciar mis bolsillos, tomar una ducha y cambiar mi traje de 150 dólares por un uniforme gris que colgaba de mis hombros como si fuera un saco. Luego me llevaron a una celda. Un sonriente y gigantesco negro era mi compañero. Nos dimos la



fierno carcelario de las «Tumbas». Rebajada la fianza a diez mil dólares, salió en libertad provisional: fue el comienzo de su colaboración con la policía.

mano y me dijo con cierto orgullo que estaba allí camino de Sing Sing para cumplir una condena de diez a veinte años. Y al cerrarse la puerta de acero percibí el olor.  
 —¿Qué es eso? —me ahogué. Creí que iba a ponerme enfermo. Mi compañero de celda sonrió.

—¿Tienes hambre? He estado guardando ese bocadillo de pescado durante más de una semana. ¿Quieres un poco?  
 —Librate de él —pude responderle.  
 El tiempo había sido cálido la semana anterior. No había aire acondicionado en las «Tumbas»

y no cabía la menor duda de que el pescado se había estropeado. El gigantesco negro me miró con aire de reproche, introdujo la mano bajo su litera y sacó el bocadillo. Me dieron ganas de vomitar. Se lo comió mientras yo miraba a otro lado. Probé mi litera: tenía muelles, pero no col-

chón. Había una sola manta: la extendí sobre los muelles e intenté dormir. Resultó imposible. El pescado desapareció, pero el aire estaba cargado con su olor.  
 He pasado noches malas en la guerra, pero nunca una como aquella. Me prometí que moriría antes que cumplir **SIGUE**



Larry Gallo, el hermano de Joey, el jefe, muestra en el cuello las terribles señales de la cuerda con que intentaron estrangularle sus amigos de la infancia.

**MATA  
SIN DEJAR  
RASTROS:  
¿CUANTOS  
HOMBRES  
HABRAN  
DESAPARECIDO  
EN  
LA PRENSA  
HIDRAULICA?**

una larga sentencia en la cárcel. Seguía pensando en lo que me había dicho el capitán Vitano:

—Si alguna vez necesitas ayuda, envíame un mensaje.

Pasé veintidós días miserables, en tanto que Harold Farrell, mi abogado, lograba reducir la fianza, por ser mi primer delito y porque la Oficina del Fiscal no se opuso. Fijada en diez mil dólares salí inmediatamente de las «Tumbas» con paso vacilante.

Marché a la parte alta de la ciudad, al hotel Mayflower, donde me esperaba mi amiga, Sandra Lynn. Me di la ducha más caliente que pude soportar, intentando quitarme el olor de las «Tumbas». Sandra tenía una de esas pequeñas balanzas de baño, y cuando me puse sobre ella, la aguja señaló los 65 kilos. Pesaba exactamente 80 al entrar en la cárcel. Trajes y camisas me venían demasiado grandes, pero estaban limpios y olían bien.

—Sandra, es la víspera de Año Nuevo, tu cumpleaños, el Día de la Victoria y mi vuelta a la vida, todo en una pieza. Esta noche vamos a celebrarlo de verdad. ¿Dónde quieres cenar?

—Bien, es viernes. ¿Por qué no vamos a algún sitio donde sirvan pescado? —No pude oír más. Corrí al cuarto de baño. Aquella noche fuimos a un sitio donde servían carne.

Sandra era una buena chica y los dos nos entendíamos bien, sin mentirnos ni engañarnos demasiado, que es todo lo que un hombre puede esperar en estos casos. Aunque de un modo vago, sabía cómo me ganaba la vida, y cuando le dije que mi permanencia a la sombra era el resultado de un «negocio que había salido mal», lo creyó.

Tres semanas después de mi salida, el abogado de Joey Gallo logró que redujeran su fianza a 25.000 dólares y salió en liber-

dad. Regresé al «Pierre's» para seguir la vieja rutina, pero no había nada que hacer. Antes, el negocio era floreciente, pero ahora el suelo «quemaba» y la gente se había marchado a otra parte, excepto los policías. Siempre había alguno de ellos en el local, lo cual es un método estupendo para arruinar un lugar. A mis clientes no les agradaba frecuentar un local donde hay policías. Aquello parecía un depósito de cadáveres.

Un sábado por la noche sucedió algo que me hizo olvidar la situación en «Pierre's». Sandra y yo habíamos estado de juerga hasta muy tarde. Estábamos muy cansados al regresar a casa y pasamos casi todo el día siguiente durmiendo. Nunca he sido gran bebedor y cuatro whiskeys me emborrachan.

Me desperté porque Sandra había puesto la radio para escuchar las noticias de las seis de la tarde. Al oír al locutor me espabilé

del todo. Informaba que habían intentado estrangular a Larry Gallo en el restaurante Sahara. Larry había ido solo —lo que me pareció una locura— y que algunos hombres no identificados le habían puesto una cuerda alrededor del cuello y habían intentado estrangularle lentamente. Larry estaba casi muerto al llegar dos policías, que interrumpieron la fiesta al hacer una inspección de rutina. Los asaltantes huyeron disparando, y uno de los guardias resultó gravemente herido. Los aspirantes a verdugos escaparon.

Inmediatamente llamé a Joey Gallo a su casa de la calle Once.

—Quédate donde estás —dijo—. Larry está en el hospital, pero se encuentra bien. Ha tenido la boca cerrada y no ha dicho nada —añadió, orgulloso.

Incluso con su hermano casi muerto, Joey Gallo tenía que adoptar una actitud teatral, imitando a George Raft o Richard Widmark. No creo que nunca haya estado loco (aunque algunos policías lo creen así), pero tenía un gran sentido de lo dramático. Lo que quiero decir es que era vanidoso. Su hermano se encontraba mal, pero él se limitaba a alardear de que Larry no había denunciado a sus atacantes.

Al día siguiente fui al 51 de Pre-

sident Street, para conocer los detalles. Los miembros de la banda vivían en la manzana, pero el 51 era el cuartel general, un edificio triste, de tres pisos, con unos almacenes desiertos, en los que dormían de ocho a nueve de los muchachos. Gallo poseía también el número 49, la casa contigua, pero nunca dormí allí. Había pasado cuatro años y medio bastante malos durante la guerra para volver a dormir en un «avispero».

Me las arreglé para hablar a solas con Joey Gallo y le pregunté qué estaba haciendo en aquél restaurante... y dónde estaba Joe Jelly.

—El miércoles pasado Joe Jelly me llamó para decirme que iba a tomarse un día de fiesta para ir a pescar con Sally D.

Su voz había adquirido un acento amargo y lo comprendí todo. Salvatore D'Ambrosio, conocido por Sally D., se había criado con Joe Jelly. Habían servido juntos en la Marina y estaban más unidos que si fueran hermanos. Sin embargo, Sally D. no tenía capacidad para la amistad o la lealtad, limitándose a obedecer las órdenes de Joe Profaci.

—Fueron a pescar a la Bahía Sheepshead —dijo escupiendo las palabras—. También iban Carmino Persico, Joe Yacabelli y John

Scimone... todos amigos de Joe. Y todos regresaron menos él.

—¿Pero quién intentó asesinar a Larry? —pregunté.

—Esos mismos.

—Creía que eran amigos de Larry y de ti.

—La amistad no cuenta cuando el amo da órdenes.

Al salir Larry Gallo del hospital le retuvieron tres días detenido, pero no habló. Entonces, Joey dio una fiesta en su honor como pocas veces se ha visto en Brooklyn. Comenzó en el «Mama Rosa», un excelente restaurante italiano, pero la muchedumbre era tal, que docenas de delincuentes se sentaron en el bordillo de la acera bebiendo botellas de vino. La voz de Larry era ronca y aún tenía un terrible verdugón en el cuello, donde la cuerda había penetrado en la carne.

—¿Cómo ocurrió? —le pregunté.

—Fui lo bastante tonto para confiar en un viejo amigo —contestó—. Me dijo que había ganado bastante dinero en las carreras y quería dividir las ganancias conmigo. Al encontrarme con él me dio un billete de cien y fuimos a tomar un trago. Llegamos al «Sahara», nos sentamos en una mesa, pedimos unas copas y entonces entró Sally D., con ese individuo tan callado, Carmino Persico. No le di importancia porque supuse que todos eran amigos... hasta que sacaron los revólveres.

El sudor inundaba la frente de Larry mientras me lo contaba.

—Uno de ellos me dijo: «Larry, tienes que desaparecer. No hay sitio bastante para Profaci y los Gallo. Estáis haciéndoos demasiado grandes y os metéis en cosas que no os corresponden. Joey será el siguiente y después tu hermano Albert». Luego me pusieron una cuerda al cuello y empezaron a apretar. Intenté luchar, pero cuanto más me movía más me apretaba la cuerda. Ellos seguían hablando: me contaron cómo arrojaron a Joe Jelly por la borda. Poco después me desvanecí y me desperté en el hospital.

—¿Qué va a suceder ahora, Larry?

—No creerás que Joe y yo vamos a soportar esto en silencio —contestó como sorprendido ante la pregunta.

SIDNEY SLATER

Texto recogido por QUENTIN REYNOLDS

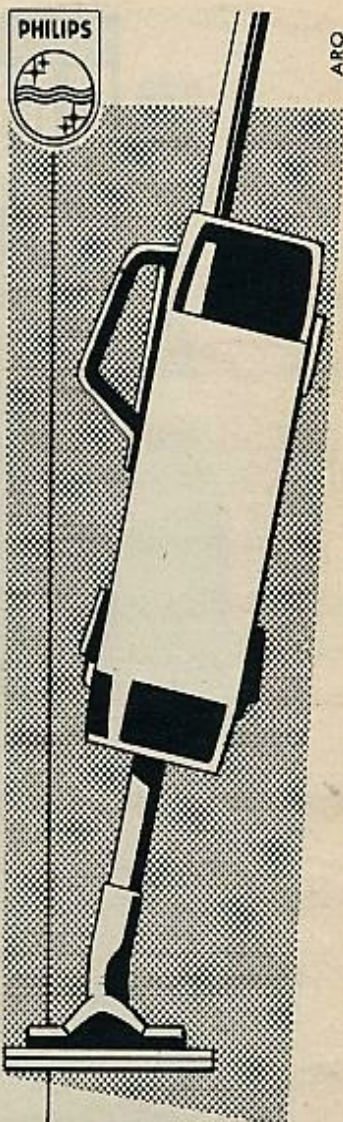
Exclusiva Zardaya especial para TRIUNFO en España. Fotos Camera Press

CONTINUA: III

BAÑO DE SANGRE EN BROOKLYN



Sandra Lynn, bailarina de cabaret, era la amiga de Sidney Slater. Más tarde, cuando las cosas se pusieron extremadamente graves, desapareció, abandonando a Slater. Incluso cambió su nombre artístico, por miedo a la venganza.



Ligero y potente

ASPIRADOR DINAMICO

PHILIPS

1,940

PESETAS

Mejores no hay